

XV

Hace pocos días decíamos : « Esta nueva filosofía de la perfectibilidad indefinida de la humanidad en nuestra tierra, no pasa de una de esas bombas ó globos de jabon que ostentan los colores del iris, y cuya pureza cristalina, ligereza flotante y fulgorosa gala, embelesan al niño que los formó con su aliento. » En efecto semejante sistema no resiste ni á la experiencia, ni á la historia, ni á la naturaleza. Una teoría tan descabellada merece intitularse la vision febril del dolor, de la miseria, de la muerte, el reto á toda realidad, el estéril consuelo de la esperanza calenturienta. Para dejarse mecer por tan dorados ensueños, es necesario no haber leído ni una página de los anales de los siglos, ni haber escuchado su propio corazon, y participar á la vez de la crédula infancia y la delirante decrepitud. El primer imperio arruinado cuyos escombros desplomáronse ruidosos entre nubes de polvo, confunde semejante doctrina; el primer sepulcro que huellan nuestros piés la disipa; el primer desengaño del corazon ó de la inteligencia en lágrimas la derrite.

El dolor es la sola verdad irrefutable en este mundo, y no cabe hipérbole en repetir lo que dijeron nuestros padres y pronunciarán nuestros descendientes : *este mundo es un globo amasado con lágrimas y cenizas.* En efecto ¡qué lecho tan mu-

lido es el nuestro para soñar la perfeccion indefinida y la felicidad sin límites ! ¡ Qué tálamo tan voluptuoso es esta existencia amarga, en que el dolor solo nos remueve mientras no nos devora la muerte ! Jamás he podido comprender que haya hombres tan tercos y aferrados en sus quimeras, para creer en ese progreso indefinido y en esa dicha absoluta durante una vida que los arrastra sangrientos á un muladar de inmundicias. ¡ Dichosos tales hombres que dormidos mueren soñando haber vivido !

XVI

Así pues la verdadera filosofía, la filosofía viril, la filosofía experimental, es la que en lugar de pastar de tan estériles ilusiones, corresponde á la realidad de nuestra triste condicion humana en esta tierra. Tal es la filosofía del dolor santificado por la resignación y consolado por la esperanza; tal es la filosofía de la India oriental, de Brama, de Budha, de Confucio, de Platon, del cristianismo; la sola que, desde que por primera vez gustamos la amargura de la vida, nos ha parecido contener mayor dosis de verdad, realidad, belleza, revelacion, grandeza, fuerza, virtud, esperanza, estímulo de vida, de amor, de accion, de confianza.

Ahora bien, ¿ qué nos dice esta filosofía del dolor en todas las latitudes, en todos los siglos, en todas las lenguas ? ¿ Qué empieza por decirnos la India ?

Oigamos á los venerables patriarcas de la dilatada region que riega el Ganges. « Hay un Dios. Su obra lo prueba. La vida es el testimonio de la vida.

« Este Dios, sér de los seres, es infinito, perfecto, eterno. Su naturaleza lo prueba, pues la infinidad, la eternidad y la perfeccion son los atributos del sér de los seres. »

Igualmente nos dicen : « Dios crió y continuamente cria sin límite de tiempo, espacio ó poder tantas criaturas como arguye lo infinito de su pensamiento, de su sabiduría, de su poder y de su fecundidad creatriz : ser es criar para el sér de los seres. »

La irradiacion intelectual de esta doctrina contemplativa penetra en la region mas recóndita del firmamento, piélagos de estrellas sin fondo ni ribera, y exclama : « Ahí está ; » baja despues al abismo del eter inferior, igualmente ilimitado, y nos dice : « Ahí está ; » se estiende luego á las estremidades del espacio que no ciñe estremidad alguna, y grita azorada : « Ahí está tambien el que nunca acaba, el que continuamente empieza, el que entero se halla y por do quier existe. »

Asimismo nos dice : « A sus ojos no hay grandeza ni pequeñez ; el valor de las cosas se mide por la gloria que tienen de emanar del Criador. Cada uno de sus pensamientos realizados no cede á otro, pues todos en él residen y de él proceden. »

Igualmente nos dice esta filosofía : « Cada uno de nosotros es una de sus criaturas, uno de sus pensamientos realizados, ni menor ni mayor que cual-

quiera otra obra de sus manos. Ignoramos el nombre con que nos designa en su vocabulario de amor criador, pero aquí en esta tierra llevamos la denominacion de hombres. »

XVII

« ¿ Qué es el hombre ? » continua esta filosofía primitiva de la India.

« El hombre es un insecto efímero nacido una mañana en el dolor, para morir una tarde en las tinieblas. Durante algunas evoluciones del sol roe este insecto la epidermis del reducido globo á que lo fija su naturaleza, hasta que llega el momento en que fecunda con el polvo de su cadáver esta misma epidermis. Si se le considera con respeto al espacio infinito que lo rodea, no vale la pena de ocupar la atencion ; si se le compara á la infinidad de tiempo que le precede y le sigue, no merece consideracion alguna el sér que momentáneamente se agita ; si se aprecia por la brevedad, insignificancia y su nada entre los seres, no es acreedor á la menor mencion. Solo de nombre conoce la eternidad, el espacio, el tiempo, la ciencia, la felicidad ; y tan solo algunos estremecimientos de placer y continuas convulsiones de dolor le dan el sentimiento de su existencia. En una palabra, la criatura humana es un punto sensitivo y doloroso en la creacion, y su mayor tormento es ignorarse á sí misma. Toda su naturaleza parece hallarse en contradiccion con la bondad

de ese Criador de cuya bondad infinita no le permite dudar su razón; mas en vano se esfuerza en explicarse á sí mismo esta contradicción que solo puede ser aparente. Así la criatura humana piensa, conjetura, imagina y concluye. ¿Qué es lo que concluye? Una palabra que lo confunde y anonada: misterio: ¿Y como procura levantar el peso de este misterio que su razón desquicia?

« Al principio, se dice, no debió ser así; y en el fin debe ser diferente. » Conjeturemos pues.

¿Dirémos que la brevedad, la imperfección, el dolor, la muerte son las condiciones fatales de todo ser criado, esto es finito? No, pues siendo Dios infinito, no es posible concebir límite á la expansión de vida, de grandeza, de ventura que puede emanar eternamente de la Divinidad, sin llegar nunca á agotarla; ni puede imaginarse una medida á los dones de aquel que puede dar sin empobrecerse, de aquel que no tiene necesidad de economizar el ser, ni la bondad, ni la omnipotencia.

¿Será acaso que la naturaleza humana enteramente viciada en la pareja inicial, ó en las generaciones primitivas y subsecuentes, como una cosecha cuyas espigas contenidas en la semilla primera se resienten de la alteración del germen, se halle bajo una decadencia y castigo perpétuo por haber abusado de esa libertad moral, que es á la vez su escollo y su gloria?

¿Hay que atribuirlo á que, en consecuencia de esta primera alteración por la libertad, la prole

humana solidaria en sí, se encuentre obligada á una expiación misteriosa, hasta recuperar, por la regeneración de esta misma libertad, su inocencia perdida y felicidad primitiva? Tal vez.... pues nada hay en tal doctrina, por mas que repugne á ciertos filósofos, que se halle en contradicción con el concepto que arguye la perfección divina. Tenebrosa es la idea, pero de ningún modo absurda. ¿Quién nos dice que las almas no se engendran intelectualmente como los cuerpos, y que la última gota de agua no participa de la corrupción del manantial que la forma?

¿Diráse tal vez que á la sabiduría y bondad divina plugo otorgar al hombre el mérito y la gloria de acabar así su propia creación por el ejercicio doloroso y meritorio de su libertad moral, someténdolo, durante su corto tránsito en este mundo, á pruebas penosas y envueltas en un misterioso arcano, pruebas cuyo resultado deben abrirle otras nuevas si vencido fuese el humano combatiente, y coronarlo de radiante felicidad si llega á arrostrarlas triunfante? Tal vez.... pues nada encierra semejante doctrina que redunde en deshonra del Criador ni humillación de la criatura. ¿Acaso no es la justicia suprema el labrar la propia justicia? ¿Acaso no es la perfección soberana cooperar á la propia perfección? ¿No sería tal vez este comentario el mas bello que puede alegarse de esta palabra: llegaréis á ser como dioses?

De cualquier modo que sea, el misterio nos

envuelve y nos ofusca, lo solo evidente es el sentimiento de la angustia, y un continuo gemido es el único testimonio de la humanidad en la tierra.

XVIII

Pues bien, ya que el hombre no puede negarse á sí mismo, ni explicar humanamente su dolor, ¿cual es la filosofía mas racional, la que niega su condicion lamentable, ó la que se resigna á aceptarla como un enigma de la voluntad divina, y santificarla como una prueba adorable en su misterio?

Todas las protestaciones de la naturaleza que se rebela contra el dolor, todos los partos delirantes abortados por la fantasía de los filósofos en lo tocante á la perfectibilidad indefinida y continuo acrecentamiento de goces, no conseguirán endulzar la amargura de una sola lágrima de la humanidad; y mientras las pastorelas de esta risueña doctrina de la transfiguración del hombre en Dios, durante su peregrinación en este mundo, harán fluir y murmurar los idilios como arroyos de miel y leche, continuará el hombre anegado en su lloro, torciéndose de dolor y derribado por la muerte, al disonante canto de los tristes epicúreos que lo escarnizan en este valle de miseria. Mas nada puede domeñar la suerte fatal, nada revocar la divina sentencia que condena á este planeta añoso al anhelo y al tormento; y todas las protestaciones de los sofistas de la felicidad creciente

desde las épocas mas remotas hasta nuestros dias, no lograron borrar una sílaba del indeleble decreto que nos condena á la huesa y á la angustia. Las visiones de ventura se desvanecen como el humo, pero cabizbaja y aniquilada por el dolor se mostrará perennemente la criatura humana, cuyo nombre bíblico Adan, significa tierra, esto es, dolencia.

XIX

Pero tambien, desde los siglos mas remotos, mostróse otra filosofía como órgano de la realidad. Verdadera expresion del hombre complejo, partícipe de la razon y de la religion, verdad á la vez y consuelo, esta doctrina cuyos dogmas y preceptos aparecen en los primeros monumentos literarios de la India, supo reflexionar en vez de soñar, y hallar en el seno mismo del dolor los dos solos remedios al dolor mismo: la resignacion y la santificacion.

Esta filosofía que mana como un rio desde los primeros libros sagrados de la India hasta el cristianismo, merece ser preferida mil veces á la que proclama pomposa la perfectibilidad indefinida. Al mismo tiempo es de una práctica mas fácil, pues se funda en este axioma: « ES MAS FACIL SANTIFICAR LA TIERRA QUE TRANSFORMARLA. »

No obliga esta doctrina á sonreír al cuitado que solloza, ni á esperar al sér agoviado que desespera, sino dice á todo aquel que sufre: « Tu dolor es me-

recido, ó tu dolor es meritorio; acéptalo de la mano de Dios como expiación, ó sométete como á prueba. Tu juez será tu consolador, la eternidad tu recompensa; sufre para justificar tu raza culpable, ó resignate para labrar tu propia felicidad; en una y otra hipótesis, bendice la tribulación.»

XX

Tal es la filosofía que emana de la primera teología conocida, la de la India antigua, cuya idea sumaria vamos á trazaros en el exámen de los libros sagrados y poemas primitivos de este pueblo, el primero de cuantos son acreedores al dictado de literarios, tocando á los filósofos del progreso indefinido decirnos si tales ideas, tales dogmas, tales preceptos y tales poesías en el alba de la historia, son de naturaleza á confirmarnos en el sistema que propalan del hombre bruto en la época primitiva, y del hombre dios en el fin de los siglos.

Los primeros de estos libros sagrados existen aun en la India, si bien no es posible asignarles una fecha, tan antiquísimo es su origen.

Los *Vedas*, que tal es el nombre que llevan estos añosos volúmenes, se componen de himnos diversos consagrados á las divinidades simbólicas de aquel tiempo primitivo, himnos que celebran y ensalzan los atributos personificados del Dios único y

criador, vislumbrado y adorado por los sabios al través de sus repetidas encarnaciones, única forma bajo la cual lo acataba la muchedumbre.

« Los Vedas, dice M. Barthélemy Saint-Hilaire, constituyen, en la raza que habita la India oriental, el fundamento, el punto de partida de una literatura mas rica, mas estensa y tal vez mas bella que la literatura griega. »

Por nuestra parte la encontramos mas hermosa, pues es mas moral, mas santa y mas divinizada por decirlo así por la caridad que respira; en una palabra la literatura de la India es la santa, mientras que la de los Griegos es sensual y voluptuosa.

« Poemas épicos, continua el sabio traductor, sistemas filosóficos, teatros, matemáticas, gramática, derecho, no ha habido ramo de conocimientos humanos que no haya cultivado el genio indiano, ni grandes vias de la inteligencia en que no haya campeado feliz y vigoroso. Mas segun lo reconocen los mismos patriarcas del Ganges, una literatura tan vasta y escelsa ha sido inspirada por los Vedas. »

Los Vedas son cantos análogos á los de David y los profetas que leemos en la Biblia; con esta diferencia que los himnos de Israel se formaban de líricas inspiraciones de entusiasmo, adoracion, temor ó amor á Jehová, mientras que los ditirambos de los Vedas de la India son al mismo tiempo dogmas religiosos. La poesia lírica de los profetas hebraicos es mil veces mas sublime en expresion, al paso que los cánticos de los Vedas contienen mayor enseñanza moral y

mas acendrada virtud en sus estrofas. No obstante, nótanse de cuando en cuando destellos de imaginación sobre la creación y el caos que incubaba al mundo antes que lo bañase la luz.

XXI

« Entonces nada existía, dice uno de esos himnos, ni la nada, ni el sér, ni el mundo, ni el espacio, ni el eter, ni la muerte, ni la vida, ni las tinieblas. Pero la creación futura reposaba en el caos, y el tributar gloria á Dios fué el *deseo* que impelió á nacer al primer gérmen de la creación.

« Sin embargo, *El* era, continua el libro, Dios era; Dios solo existía sin respirar, absorto en sí mismo en la soledad de su propio pensamiento, de su pensamiento dirigido en su esencia para gozar de la contemplación de sí mismo. Nada había fuera de él, nada en torno, y solo á Dios cabía el sér. »

¡ Qué metafísica tan profundamente espiritualista nos revela esta creación por ese *deseo* oculto que obliga á toda cosa, aun no nacida, á tomar sér para unirse á Aquel de quien todo mana y á quien todo regresa, á fin de amarlo y glorificarlo!

« De este modo, prosigue el himno sagrado, consiguieron los sabios, á fuerza de meditar en su corazón y entendimiento, explicar el paso de la nada al sér; pero *Él*, Dios, ¿ qué otro origen puede tener de su esencia sino él mismo? »

XXII

Otro de estos himnos completa líricamente esta definición por un grito de fé y reconocimiento al criador y conservador de todos los seres existentes.

« Apenas nacia por su propia espontaneidad, cuando ya ocupaba el cielo y la tierra, y dominaba los mundos criados por su palabra; ¿ á qué otro Dios podemos ofrecer nuestro holocausto? »

« Solo en el sér supremo respira el mundo : ¿ á qué otro Dios podemos ofrecer nuestro holocausto? »

« A el Criador pertenecen esas cimas inaccesibles de elevados montes, ese firmamento estrellado, ese océano sin límites con sus espumosas olas, ese espacio en que estiende el Omnipotente sus brazos sin tocar las estremidades : ¿ á qué otro Dios podemos ofrecer nuestro holocausto? »

« Sostenidos por su espíritu, el cielo y la tierra tiemblan de deseo de verlo cuando el sol en su esplendor se asoma al oriente : ¿ á qué otro Dios podemos ofrecer nuestro holocausto? »

« Él es quien, entre todos los Dioses secundarios (encarnaciones de sus atributos), fué siempre el verdadero Dios, el Dios supremo : ¿ á que otro Dios podemos ofrecer nuestro holocausto? »

Esta sublime letanía de las perfecciones y dere-